

Tribuna

La falsa metrópolis del Camp

JUAN MANUEL
ZAGUIRRE
FERNÁNDEZ

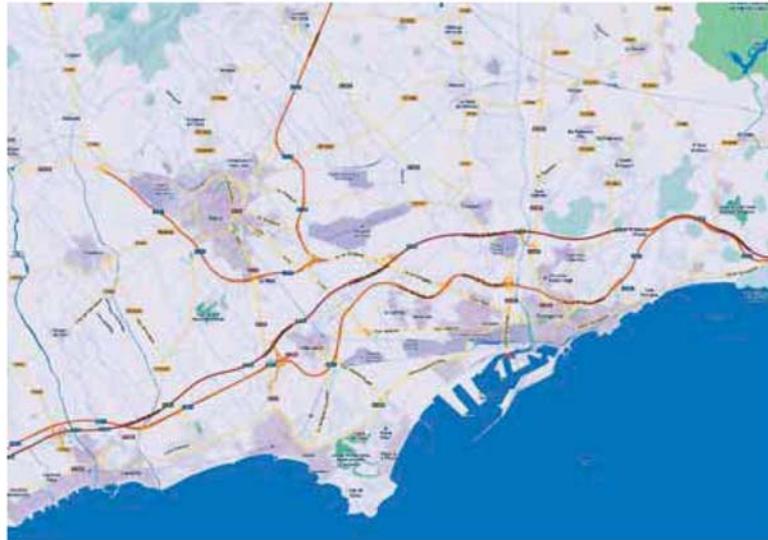
Arquitecto

De nada sirve pretender identificarse o autoafirmarse con una definición cuando ésta no es real ni creíble, pues la insistencia y la reiteración constantes conducen a la banalidad del término. No se lleven a engaño. Repetir hasta la saciedad una palabra, por muy bien sonante que sea, no la hace más verosímil. Y esto es lo que ocurre cuando nos referimos a la metrópolis del Camp o a la ya exagerada área metropolitana del Camp de Tarragona.

Para la urbanística moderna muchas son las definiciones de metrópolis, por cierto, término acuñado en 1927 y que dio nombre a una película dirigida por Fritz Lang, en la que se retrataba a una sociedad ficticia indeseable en sí misma.

Aconsejo visionar este documento del cine mudo, considerado Memoria del Mundo por la UNESCO, para entender lo que a principios del siglo pasado se deducía como metrópolis y por suerte nada más alejado a la realidad de las consideradas grandes metrópolis actuales y por supuesto del Camp de Tarragona.

Quiero pensar que los habituales usuarios que utilizan este término para referirse al Camp, que supongo lo utilizan para mayor abundamiento, desconocen que



en la actualidad ha sido ya superado por una innovación léxica abundante. Y que de la «madre ciudad» o metrópolis hemos pasado al «más allá de la ciudad» o metápolis en poco menos de 70 años, y no sin haber experimentado otros términos por el camino.

Sin embargo, yo prefiero ser más prudente en mis definiciones y evitar el uso de estos neologismos, que como ya he dicho antes, se han banalizado por un uso indebido. Y es que hay que ser cui-

*Hoy el Camp de
Tarragona todavía es un
territorio de ciudades
multiplicadas*

dadoso cuando nos referimos a realidades urbanas que escapan ya a los límites consolidados por el tiempo y las costumbres, de lo contrario corremos el riesgo de apro-

piarnos inmerecidamente de atributos que no nos son propios, o de desprendernos de los que sí lo son.

Este mundo completo que es el Camp de Tarragona se escapa del frenesí dinámico de lo que hoy aceptamos como metrópolis. Donde los acontecimientos casuales se adelantan a los planificados. Donde la promiscuidad urbana marca las pautas a seguir por los planificadores. Donde las acciones urbanas no se miden con el tiempo o con la distancia sino por

su intensidad. Donde la realidad supera en mucho a la imaginación. Y nada de esto ocurre en el Camp de Tarragona, o por lo menos yo no sé apreciarlo.

Yo me inclino a pensar que en nuestro marco territorial el término metrópolis se utiliza como un pretendido sinónimo de poder, control, sistematización o uniformidad. Y no hay nada más opuesto a esto que una verdadera metrópolis.

La hipotética construcción de esta área metropolitana del Camp de Tarragona se utiliza como excusa de las numerosas disfunciones territoriales que padecemos al albur de nuestras administraciones, dejando en manos interesadas las propuestas más básicas de cohesión territorial. Antes de bautizarnos con un nombre debemos reconocer sinceramente lo que somos, y a mi juicio, hoy el Camp de Tarragona todavía es un territorio de ciudades multiplicadas y barrios inconexos.

Donde los municipios compiten entre ellos. Donde se duplican innecesariamente los equipamientos. Donde los trazados son arbitrarios o partidistas. Donde se polemiza con los nombres. Donde se planifica estérilmente. Donde las propuestas se manipulan y se publican por fascículos. Donde las decisiones se atomizan. Donde seguimos oteamos nuestro horizonte desde los campanarios, como si aún existieran las murallas. Hoy no son de piedra, pero haberlas, hailas.